



La Novela Gráfica N°53 25cts
LA CAZADORA por
Colleen Moore

REYNOLDS, LYNN F.



LA CAZADORA

(THE HUNTRESS, 1923)

Versión literaria de la comedia cinematográfica del mismo título basada en la novela de Hulbur Footner
“THE HUNTRESS”
interpretada por la genial estrella de la pantalla

COLLEEN MOORE
y el simpático artista
LLOYD HUGUES



Exclusiva:
L. GAUMONT
Paseo de Gracia, 66
Barcelona

AÑO II

MADRID-BARCELONA-LOS ÁNGELES

NÚM. 52

LA NOVELA GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL CONSAGRADA AL ARTE DEL SILENCIO

Redacción y Administración:

Rambla del Centro, 80, 1.^o

Teléf. 4656 A.—BARCELONA

Talleres Gráficos propios

Bou de San Pedro, núm. 9

Teléf. 1167 S. P.—BARCELONA



Sale los jueves

LA CAZADORA

I

INQUIETO, meditabundo, preocupado, como atenazado por algún peligro gravísimo que amenazara la tranquilidad de sus súbditos, Otebayá, el jefe de los indios Wakashana regresaba a su campamento.

El motivo de su desasosiego no era otro que Bela, la ahijada de Muquosis, el más tranquilo de todos los indios de aquella tribu, cuya única preocupación era cazar y fumar en una enorme pipa que con medios primitivos se había fa-

bricado él mismo. Bela era una lindísima muchacha, que debía tener entonces unos dieciocho años de edad y que se mantenía en estado completamente salvaje, como una jaca en libertad. Ella hacía y deshacía, imponía sus ideas a su padre adoptivo y mantenía la indisciplina en el campamento con sus travesuras.

Se había criado fuerte y vigorosa, y era la intrépida defensora de sus compañeras. Cuando algún indio quería pegar a su mujer por haber cometido algún desaguisado — cosas ambas muy frecuentes, lo mismo en el lejano Oeste que en el refinado Nueva York — se interponía y casi siempre era el hombre quien salía mal parado de la lucha.

—Mientras Bela viva en el campamento, los hombres no pegarán a las mujeres — afirmaba la muchacha al terminar la pelea.

Aquel mal ejemplo era un peligro para la tranquilidad de la tribu, y Otebaya seguía cada vez más malhumorado.

—Esto no puede ser — exclamaba a cada instante —. No puede ser y hay que buscar la manera de acabar con semejante situación.

Una mañana que el jefe de los Wakashana había ido, montado en su caballo a visitar a Bevertail, jefe de otra tribu vecina, llegó la mar de satisfecho a su tienda.

—¡He resuelto a satisfacción nuestro gran problema! — dijo a sus compañeros.

—¿Qué problema? — preguntó uno de

ellos, recargando su tosca pipa de buen tabaco seco.

—¡El de Bela!

—¿Y cómo es eso?

—¡Cosas de la suerte! Bevertail, el jefe de esa tribu vecina está dispuesto, no sólo a quitarnos de encima a esa pesadilla de Bela, sino que además nos da cuatro pieles como indemnización. ¡Habrás visto loco?

—¿Y eso es seguro?

—¡Segurísimo! ¡Como que mañana mismo vendrá a dejar arreglada la operación!

—La tranquilidad volverá a reinar en nuestra tribu. En cuanto Bela esté fuera de aquí, nadie nos molestará y podremos zurrar de firme a nuestras mujeres siempre que nos venga en gana.

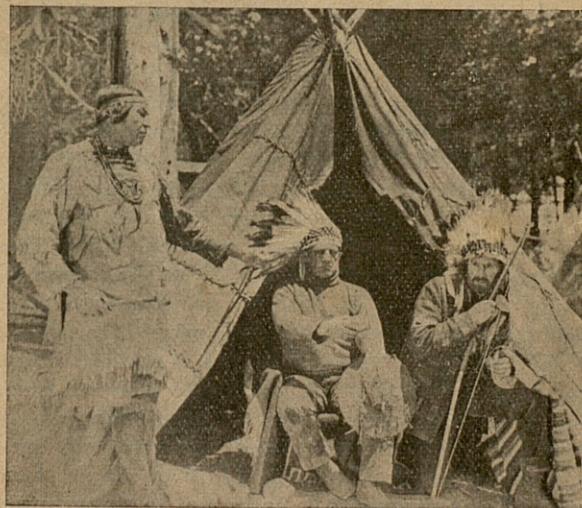
Y ante tan alagüeña perspectiva, los indios se estiraron gozosos sobre las pieles que les servían de alfombra y siguieron su conversación, prometiéndoselas muy felices para cuando llegase el incauto jefe que se avenía a cargar con la entrometida y traviesa chiquilla...

II

MIENTRAS esto ocurría en el civilizadísimo Neva York una familia de la más encumbrada sociedad se hallaba reunida para juzgar a otro rebelde. Era éste un muchacho de unos veintiocho años de edad, correcto, educado, y lleno de bondad y simpatía, pero cuyo temperamento demasiado independiente no se sabía adaptar a las exigencias del ambiente en que vivía. Se llamaba Gustavo Gladding y sus padres habían muerto hacía muchos años.

—Queridos tíos — pronunció el reo — antes de que el jurado pronuncie su sentencia, creo que hay que conceder la palabra al acusado. Es cierto que yo, huérfano desde mi infancia, he hecho siempre lo que me ha venido en gana, que he obrado en casi todos los actos de mi vida sin atender a otras razones que las que me ha sugerido mi propia voluntad. Pues bien: contrariamente a lo que tal vez esperaban ustedes de mi pequeño discurso, voy a decirles que sigo y seguiré creyendo que la mejor manera de vivir es esta, y que por consiguiente, como soy mayor de edad, recabo mi libertad de acción. Ustedes pretenden que yo

viva con el aparato y el lujo que corresponde a mi apellido, que me case con una mujer rica y que me quede aquí en Nueva York. Y yo



—He encontrado la gran solución — dijo Otebaya.

me he propuesto marcharme a donde me parezca, elegir para lugar de mi residencia el pedazo de tierra de este planeta en que me halle más a mi gusto, y escoger la compañera de mi vida que más me apetezca y crea que me hará más

feliz, sin mirar su origen, su apellido ni su condición social...

—¡Pero esto es horrible! — pronunció gravemente la tía de Gustavo —. ¡Tú quieres arrojar una ola de fango sobre nuestra familia!

—¿Una ola de fango? — repuso Gladding sin inmutarse —. ¿Acaso pretendo hacer algo contra la ley, la religión o las buenas costumbres? Recabo mi libertad para obrar según me dicte mi libre albedrío. No me propongo dedicarme a ningún oficio degradante, ni llevar una vida licenciosa, ni alternar con personas cuya conducta sea reprobable. Lo que quiero es vivir según me acomode, manteniéndome con lo que mi trabajo produzca, haciéndome independiente por mi propio esfuerzo. Cuando habré conseguido esto, como sólo a mí mismo deberé la situación que alcance, buena o mala, misera o desahogada, tranquila o agitada, podré decidir sobre mis actos sin cortapisas ni restricciones por parte de nadie. Eso es mi firme propósito y nadie ha de disuadirme de él...

—No insistas más, querida esposa — dijo el tío —. Este muchacho, aunque sus facultades mentales se hallen aparentemente intactas, está rematadamente loco... Las vicisitudes de la lucha por la vida son la única razón que puede hacer rectificar su equivocado juicio. Dejémosle, pues, que se desengañe él mismo. Errará, vagará y luego, arrepentido de su tremendo

error, sumiso y obediente, volverá a nosotros. Déjale, que no hay enseñanza más provechosa que la que dicta la experiencia, madre de la vida...

Y, convencido de que su sobrino era un loco o un iluso, el tío de Gustavo dejóle marchar. Pocos días después, aquel joven que quería conocer la vida por él mismo, se unía a unos buscadores de oro que se habían concertado por obra y gracia de la casualidad para irse al Oeste a hacer fortuna. A Gladding se le atrajo el cargo de cocinero de la expedición, y él, resuelto a la lucha, aceptó aquel puesto modesto con ánimo de desempeñarlo a toda conciencia.

—Bela — le dijo — ¿por qué no te has hermoseado un poco? ¿No comprendes que has de

III

VOLVAMOS al campamento de los indios Wakashana.

Gozo y satisfecho vió Otebaya llegar a Bevertail con las pieles prometidas, y sin pérdida de tiempo fué a avisar al buen Muquosis para que Bela se apresurase a comparecer a presencia de ambos jefes.

—Bueno — contestó éste — ya la avisaré.

—Déjeme examinar la calidad de las pieles — dijo Otebaya.

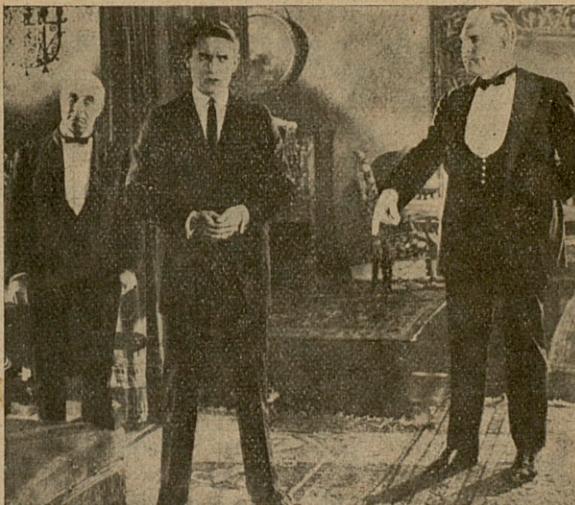
—No hay inconveniente. Pero yo también querría examinar a la muchacha — observó Bevertail.

—Naturalmente.

—Ya comprenderá usted que antes de cerrar trato, tengo que apreciar por mí mismo si la muchacha es un lirio o un cardo.

Pero todos habían obrado sin la aquiescencia de Bela, que al oír lo que contra ella se tramaba, se ocultó en la tienda de Muquosis y cogiendo un puñado de carbonilla del fogón, que estaba apagado, se tiznó su semblante hasta quedar hecha una facha.

Al verla de aquella manera, Bevertail hizo un gesto de disgusto.



—Gustavo — dijo el tío de Gladding —, eres un hombre sin remedio.

demonstrar que vales cinco pieles?

—¡Yo no quiero casarme! — contestó la pequeña salvaje —. ¡Y menos con un indio! ¡Todos los indios son malos maridos, que peigan a sus mujeres! ¡Vete a tu tribu y déjame en paz!

Bevertail sonrió.

—No me disgusta su carácter. Las mujeres ariscas y con genio me gustan. ¡Yo la domaré!

Pero Bela no parecía muy dispuesta a dejarse domar, porque se escondió en el interior de la tienda de Muquosis y no hubo manera de hacerla salir de allí ni a tres tirones.

—Ya se tranquilizará — pensó Bevertail —. Me quedaré aquí hasta mañana.

Por la noche, cuando Bela se hubo quedado sola con Muquosis, le preguntó:

—Dime, Muquosis: ¿por qué siento una repugnancia tan grande cuando un indio me pide por esposa?

—Voy a decirte la verdad, Bela... — murmuró el viejo indio —. Porque tú no eres de nuestra raza... Eres una muchacha blanca...

—Medio blanca, ya lo sé, porque soy mestiza. ¿Pero quieres decir blanca del todo?

—Si pequeña... Tu piel es morena por el rudo contacto del sol... Pero tú eres hija de blancos... Te llamas Margarita Stoney, y cuando eras muy pequeñita, murió primero tu madre y luego el autor de tus días... Eran muy amigos míos y por eso yo te traje aquí... Cuando tu pobre padre murió, me entregó unos documentos y me dijo: "Cuando Margarita sea mayor, dile que es blanca, revélale su verdadero nombre y origen, y dile que con estos papeles vaya a Caribou, a casa de Mahool y le pida el dinero que éste tiene para ella..."

Una expresión de infinita alegría reflejóse en el semblante de la pequeña.

—Entonces — dijo — me iré de aquí, a



—Ustedes no deben hacer eso — dijo Gustavo.

vivir entre la gente blanca ¡la gente de mi raza!

—Si tú loquieres así...

Después, con una ingenuidad encantadora, añadió:

—¡Y tendré un marido blanco!

Y horas más tarde, con los documentos acreditativos de su personalidad, ocultos entre sus ropas, Margarita huía del campamento indio, para escapar a la persecución de Bervetail...

IV

CERCA del campamento había sentado sus reales la expedición de buscadores de oro, de que formaba parte Gladding. Eran éstos Pedro Halgland, hombre fuerte y robusto, muy aficionado al boxeo y que después de Hércules no reconocía a otro púgil en el mundo más que a él mismo; Jack Skinner, que desde el primer momento, merced a su dinero y a sus aptitudes, se había erigido en jefe del grupo, y por último, Franzer, hombre que aplicaba sus actividades a dos distintos ramos del "saber" humano: el manejo del fusil y el de las cartas.

En una cabaña abandonada, los cuatro buscadores de oro habían sentado sus reales y se preparaban a cenar cuando unos golpecitos en la puerta les llamaron la atención.

Skinner salió a abrir y sus ojos se dilataron de sorpresa al ver a una hermosísima muchacha, de aire cándido y sencillo, que solicitaba refugio.

Era, como ya habrán adivinado nuestros lectores, Margarita Stoney.

—Se ha hecho de noche y no tengo en dónde refugiarme — murmuró la joven —. ¿Qué reíis darme asilo?

—Vaya familiaridad que se toma esta chiquilla — se dijo el aventurero, a quien no se le ocurrió que aquella pequeña salvaje no sabía hablar sino en segunda persona.

—Sí, mujer, sí... — contestó —. Entra y te calentarás un poco en la lumbre... Porque hace frío...

Con el aire famélico del lobo que contempla una presa, Halgland y Francer miraron a la muchacha.

—Oye — dijo el hércules al jefe de la expedición —. Esa chica me interesa.

—Y a mí también — afirmó Franzer.

Los tres hombres se miraron recelosamente.

—A ver si ahora nos vamos a pelear todos por unas miserias faldas — dijo Franzer —. Me parece que en lugar de entablar entre nosotros una lucha imbécil, que puede costar la vida de uno, es preferible recurrir a otro medio más pacífico.

—¿Quieres que nos la juguemos al pocker?

—dijo, con cierta ironía Halgland.

—Al pocker, no, que es juego en el que la habilidad de uno u otro puede decidir la suerte. A los dados, que es un juego de puro azar y con el que nada puede el ingenio humano, ¿hace?

—No hay ningún inconveniente.

Sin darse exactamente cuenta del peligro que corría, Margarita, con esa curiosidad innata en

las mujeres, contemplaba a los tres hombres.

—¿Y éste otro — dijo señalando a Gustavo Gladding, que estaba separado del grupo — no va a jugar con nosotros?



Margarita escuchaba tras el tabique.

—No — repuso secamente Jack Skinner —. Este no entra en el negocio. No es más que nuestro cocinero.

Y, volviéndose hacia sus compañeros:

—Bueno, va jugada la chica, pero os prevengo que los que perdáis, pasaréis la noche fuera de la cabaña. Hay cosas que no resul-

tan cuando hay que ejecutarlas con centinelas de vista.

El juego dió comienzo. Gustavo se acercó a Margarita y la dijo:

—Escucha, pequeña: ¿no ves que esos hombres están jugando para ver quién de ellos hace de ti una cosa de su propiedad?

—Es que yo quiero casarme con un hombre blanco.

Ante aquella exclamación ingenua, Gladding sonrió.

—A ninguno de ellos le ha pasado por la imaginación casarse contigo. Si supieras el peligro que corres, huirías en seguida.

—Entonces, esos hombres son malos? — preguntó la muchacha.

—Sí, pequeña.

—Entonces — siguió diciendo con una lógica primitiva la joven — ¿por qué te estás con ellos?

—Para ganarme la vida.

Margarita quedóse un momento reflexionando, mientras Gustavo se acercaba a los jugadores y les decía:

—¡Lo que están ustedes haciendo es un crimen! ¡No ven que es una chiquilla salvaje que ni se da cuenta de lo que pretenden hacer con ella?

Los tres hombres se levantaron furiosos, arrojándose sobre el pobre Gustavo.

—¡Ah! — gritó Skinner —. ¿Conque nos

quieres disputar lo que nos pertenece? ¡Aguarda!

La lucha fué rápida. Gustavo no pudo sostenerse contra sus tres enemigos. En un momento estuvo reducido a la impotencia. Los buscadores de oro le ligaron los pies y las manos y le sacaron fuera de la cabaña.

—Que pase fuera la noche para no estorbarnos — dijo Halgland —. Mañana ya daremos cuenta de él.

Margarita, que, oculta tras una ventana, escuchaba la conversación, horrorizose al oír aquellas palabras. Y en su espíritu salvaje germinó la idea de salvar a Gustavo de la muerte, y, al mismo tiempo, asegurarse para ella aquella presa...

V

AQUELLA noche, con esa fácil resolución de las almas primitivas, fué la cazadora que se adueño de Gladding. Cuando vió que, rendido por la fatiga, se había dormido, lo cogió con gran cuidado por las piernas, pasó una cuerda por ellas, le levantó en vilo y le llevó hasta la orilla del cercano río, en donde estaba abandonado un frágil esquife.

Con infinitas precauciones, depositólo en el fondo de la embarcación y luego, remando ágilmente, se alejó de la playa.

Cuando Gustavo despertó y se vió en poder de la muchacha, una profunda indignación se apoderó de él.

—¿Qué es esto? — preguntó.

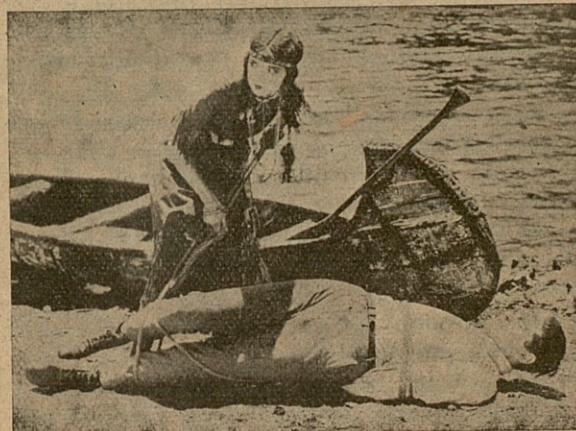
—Oí que aquellos hombres malos querían matarte y te quise salvar...

Gladding pasóse la mano por la frente, como dudando de si estaba despierto.

—... Pero la verdad es,—siguió diciendo la pequeña salvaje — que te "cacé", porque me gustas mucho...

Por un instante, a pesar de lo grotesco de la situación, sintióse Gustavo halagado en su vanidad, al ver que en aquel rapto se habían invertido los papeles.

Tras corto y feliz viaje, el esquife condujo a ambos a Caribou, pueblecito que, en aquellas comarcas salvajes representaba, por así decirlo



Y Margarita fué la cazadora que se apoderó de la presa que le gustaba.

una antorcha de la civilización en pequeño.

Desembarcaron, pero así que se internaron en la calle principal, vieron que una sorpresa desagradable les esperaba.

Los buscadores de oro habían decidido ir tras del cocinero y la muchacha, y al verles allí tuvieron una idea diabólica. Se fueron a ver

al sheriff y denunciaron a Gladding por rapto. No tardó éste, junto con Margarita, en caer en manos de la justicia.

La joven, que estaba muy asustada al ver que el sheriff, hombre muy mal carado, les interrogaba, decidió hacer una pregunta antes de declarar:

—¿Qué le sucederá a mi Gustavo si lo que dicen esos hombres es verdad?

—Pues que lo mandaré a la cárcel — contestó el funcionario.

—Está bien — exclamó entonces Margarita, con voz grave —. Este hombre me sedujo.

Estupefacción del pobre Gustavo. El sheriff pronunció, muy serio:

—Bueno. Le tocarán diez años de prisión.

El rostro de Margarita palideció visiblemente.

—¡Tú me has engañado! — dijo al sheriff — ¡Tú me has dicho que mandarías a Gustavo a la cárcel, pero no por diez años! Yo quería que le tuvieras nada más un par de días, para que estos hombres malos no le pudieran hacer nada...

—¡Respete usted a la justicia hablando en otro tono — gritó el sheriff — o la hago detener en el acto! Por última vez, ¿este hombre la sedujo a usted?

—No — contestó entonces la muchacha —. Fuí yo quien le sedujo a él.

Una inmensa carcajada contestó a aquellas frases.

—¿Qué fué usted a hacer a la cabaña de esos hombres?

—A pedir que me dejaran pasar la noche, porque hacía frío... Yo vi a este muchacho y me gustó. Como yo aunque soy una mujer blanca, me he criado entre los pieles rojas, y no me quiero casar con un indio, me llevé a este hombre, porque me gusta...

—Bueno — pronunció el sheriff. Por esta vez les dejo en libertad a los dos y márchense, pero no vuelvan con cosas de estas, porque si no les escarmiento para siempre...

Decidida a aproximar a ella al ingratío y aristócrata Gustavo, Margarita acudió a casa de Ma-hool, depositario de los bienes de su padre. Le

VI

MARGARITA, llena de alegría, abrazó a Gustavo así que estuvieron en la calle.

—Ya ves —le dijo — yo te he salvado. ¡Lo he arreglado todo!

—¿Qué lo has arreglado todo? — preguntó Gladding, cada vez más sorprendido de lo pintoresco de su situación —. ¡Lo que has hecho ha sido ponerme en ridículo!

—¿Y eso que importa? — siguió la muchacha —. ¿No vamos a casarnos?

—Casarnos — dijo Gustavo —. Mientras yo esté en mi cabal juicio, no lo creo...

—Pues bien — gritó entonces Margarita —. ¡Vete! ¡Te odio!

Gustavo, satisfecho de verse, por fin, libre de aquella pesadilla, volvió la espalda y se marchó calle abajo.

—¡Le odio! ¡Le odio! — repetía la joven.

Y, de pronto, en su cerebro germinó una idea confusa:

—Le odio... le odio... Pero no se ha llevado manta ni nada. ¡Pobrecito! ¡Qué frío va a pasar esta noche...



—¿Sabe usted de quién son las tierras? — dijo Halgland.

presentó los documentos que le había dado Mu-quosis pidiéndole la pusiera en posesión de la herencia.

—De este dinero — le dijo — invierte la mitad en tierras para Gustavo Gladding, pero no le digas que son mías. Al contrario, hazle

ver que eres su socio. Quiero que este muchacho no se aleje de aquí...

Mahool, aunque un poco extrañado, repuso:
—Esta bien, está bien...

Margarita, con la mitad de su herencia en buenos billetes de Banco, salió de la casa. Al salir, una grata sorpresa le esperaba. Muquosis se había trasladado a Caribou para no sabemos qué asunto y no mostraba muchas ganas de volver a su tribu.

—¿Sabes qué podemos hacer? — le dijo su ahijada —. ¡Quédate aquí! Con el dinero que he cobrado, pondremos un bar, y así Gustavo tendrá ocasión de venir a comer. A ti te pondré de gerente...

—¿De gerente? — preguntó el bonachón del indio.

—Sí. De gerente.

—¿Y de qué tendré que encargarme?

—¡De qué te has de encargar! — concluyó la traviesa chiquilla —. ¡De fregar los platos!

Y, al cabo de tres meses, la joven se había civilizado completamente, Muquosis vestía a la europea los días de las grandes solemnidades, y Caribou contaba con una sucursal, algo más modesta, naturalmente, del Gran Hotel Ritz...

VII

GUSTAVO, entretanto, ignorante de todo, cultivaba los terrenos que Mahool, siguiendo las indicaciones de la joven, le había dado para cultivar.

En Caribou, un personaje que no nos es desconocido había sentado sus reales, renunciando a su primitivo oficio de buscador de oro. Era este Pedro Halgland, que al saber que Margarita tenía dinero, se había transformado en buscador de dote.

Pero la muchacha no parecía dispuesta a dejarse convencer.

Cada noche el héracles iba a cenar al bar, y hacia más de una hora la corte a Margarita, siempre con resultado infructuoso.

En cambio, Gustavo, a quien la joven tenía cada vez más deseos de ver, no se había dignado poner ni una sola vez los pies en aquella casa.

Una tarde, Gladding había dejado sus tierras para ir a cumplir en la ciudad ciertos re-

quisitos legales que eran indispensables, cuando se encontró con Halgland.

—¿Iba usted por casualidad al bar de Margarita? — le preguntó, iracundo —. ¡Pues, por si acaso, le advierto que hará muy bien en no parecer por allá, porque le echarán a palos!

Bastó aquella indicación para que Gustavo, que no se había vuelto a acordar de su raptora, sintiese renacer en él su dulce recuerdo.

—Perfectamente — contestó —. Para convencerme de si es verdad lo que usted me acaba de decir, esta noche iré a cenar. ¡Y pobre de usted si no resulta cierto!

El reto estaba lanzado y no había más remedio que ir hasta el final. Pero Halgland era hombre fértil en recursos de imaginación y no se dió por vencido.

—Margarita — dijo a la joven al presentarse por la noche en el bar —. Hoy desearía que estuviese usted muy amable connigo...

—No comprendo lo qué quiere usted decir — repuso ella.

—Sencillamente: que esta noche vendrá a cenar su amigote Gustavo Gladding, y que si no hace usted lo que yo le ordene, le revelaré la procedencia del dinero con que se han comprado las tierras que él cultiva...

—¿Y qué tengo que hacer? — interrogó Margarita.

—Sencillamente: dejarme que yo me siente a comer a su lado,

—¿A mi lado?

—¡Sí! No diga usted nada, que Gustavo viene.



—Daos las manos, hijos míos — murmuró Muquosis.

Halgland tomó asiento ante una mesita e invitó a la muchacha a que hiciese lo propio. Pero Gladding, que sin duda no estaba dispuesto a soportar aquella escena se acercó a los dos personajes y preguntó con aire de indiferencia:

—¿Les dará lo mismo que me siente aquí, verdad?

Halgland quedóse mirando a Gustavo,

—Mire — le dijo — no busque bronca y márchese. Es lo mejor que puede usted hacer.

—No, Gustavo — exclamó entonces la muchacha —. Quédate aquí.

—Ya vé usted que quien sobra aquí es usted — murmuró fríamente el ex cocinero.

—¿Sí? Pues, tome.

Y arrojándose sobre Gladding empezó a aporrearle.

Pero Gustavo no era manco. Volvióse contra Pedro y le cogió por el cuello. La lucha duró breves instantes, hasta que por fin Halgland rodó vencido por el suelo.

—Ahora ya puedo hablar — dijo —. Sepa usted, señor Gladding, que la tierra que está usted cultivando no es de Mahool, sino de Margarita.

Rojo de vergüenza, Gustavo se quedó mirando fijamente a la joven.

—Señorita — le dijo — ahí le dejo el carro y los caballos. Los demás enseres los encontrará usted a la orilla del río, por la mañana.

Muy digno, saludó a los presentes y salió, a pasos lentos, del bar, mientras Margarita sollozaba:

—¡Me odia! ¡Y yo le quiero! ¡Le quiero!

* * *

Fiel a su promesa, Gustavo compareció, a la orilla del río,

Un criado del bar le esperaba.

—Gustavo — le dijo — aquí cerca, en la orilla del río, el pobre Muquosis se está muriendo... Me ha dicho que quería hablarle...

Gustavo se acercó al lugar indicado por el criado. Sobre una manta reposaba Muquosis, respirando con visible fatiga...

—Te he llamado — murmuró — para decirte que no dejes a Margarita... La muchacha te quiere y te hará feliz. Yo voy a morirme y me iría muy triste de este mundo dejándola sola...

Como si las palabras del viejo hubiesen constituido una evocación, el perfil de Margarita recortóse entre el verdor del paisaje.

—Acércate, hija mía, — siguió diciendo el viejo... —. Daos las manos... Prometeos amor eterno...

Y cuando vió a los dos jóvenes tiernamente abrazados, Muquosis, terminada su comedia se puso en pie de un salto.

—¡Dios mío! — exclamó —. No ha costado poco llegaros a convencer! Jesús, cuántas cosas hay que hacer por la loca juventud...

FIN

